

gran susto, corrió á la puerta, que se puso á golpear con fuerza, pidiendo socorro. El mayor y dos carceleros acudieron y lograron desarmar á los combatientes, que á pesar del furor con que se acometian, no se habian hecho aún ninguna herida.

—Iréis al calabozo ambos,—dijo el mayor.

—Señor,—le dijo el abate,—dignaos oirme: os es conocido mi amor á la paz, y no necesito manifestaros que ningun participio he tenido en este pleito; pero debo hacer al señor baron la justicia de afirmar que ha sido provocado y ecsasperado.

—Cómo!—esclamó el católico,—¿os atreveis á sostener? . . .

—Silencio!—gritó el mayor.

—Amigo mio,—contestó tranquilamente el abate,—yo no hago otra cosa que decir la verdad, como es de mi deber. En vez de discutir pacíficamente con el señor baron, para obligarlo á confesar sus errores y hacerlo volver al seno de nuestra santa Iglesia, os ecsaltais á cada paso, y teneis siempre la injuria y la amenaza en la boca. Ah! no es ese el modo de traer á las gentes al camino de la verdad, de lo cual algo se me alcanza, porque he tenido la dicha de convertir á la mayor parte de los que han consentido en oirme.

El católico no podia ya contenerse, y exclamaba:

—Sois un testigo falso, un infame impostor!

—Ya lo veis, señor mayor,—agregó Dubouquoit,—esté hombre está positivamente atacado de furia.

—Oh! ya sabrémos calmarla.

A una seña de su gefe, los carceleros se apoderaron del desgraciado católico, á quien se metió en el calabozo.

Luego que el abate quedó solo con el aleman, le comunicó con franqueza sus proyectos de evasion.

—Mucho tiempo llevo de pensar en eso,—le contestó el baron,—y cuando estaba solo en este cuarto, habia conseguido entablar relaciones con los tres presos encerrados en el de arriba; pero tuve que cortarlas en cuanto me trajeron aquí á ese zaragate que acaban de llevarse, porque desconfiaba de él.

—Y cuáles son vuestros medios de comunicacion?

—Muy sencillos: los tubos de las chimeneas de todo un lado de cada torre, están unidos por sus estremidades; y la comunicacion seria bien fácil, si antes de esa reunion no se encontraran tres enormes rejas de fierro, que seria insensatez tratar de franquear. Pero como los tubos deben confundirse á cierta altura, la pared que los separa va adelgazándose mas y mas por arriba, de manera que quitando algunos ladrillos de ella á la altura del piso superior á este, la comunicacion queda establecida.

—Y habeis logrado quitar esos ladrillos?

—Sí, y sin mucho trabajo.

—Pues bien,—esclamó el abate loco de contento,—de vos no mas depende que nos salvemos.

—Os equivocais. No cabe duda en que es fácil que subamos nosotros al cuarto de mis tres amigos y que ellos bajen al nuestro; pero ni de uno ni de otro podemos salir, porque no hay modo de llegar hasta la plataforma; y aun en caso de que tuviéramos la fortuna de llegar allí, lo mas que lograríamos sería descender al foso, en el que nos ahogariamos, ó donde nos matarian los centinelas apostados del lado opuesto, que siempre tienen sus mosquetes cargados.

—Ni nos ahogariamos, ni nos matarian, y ántes bien nos salvaríamos. Escuchadme: deis estar convencido de que maldita la gana que tengo de convertirlos, puesto que estoy aquí por haber maldecido á vuestros perseguidores, y que sois vos demasiado ilustrado para no comprender que siempre hay tiempo de retractarse, sin incurrir en el deshonor de una abjuración arrancada por la violencia. Por otra parte, es muy dudoso que vuestra conversión, real ó fingida, os haga recobrar la libertad: el gobernador está muy interesado en no dar suelta á pensionistas cuya manutención se le paga cara, y que casi nada le cuestan, para no detenerlos el mayor tiempo posible. En lo que sí no cabe duda, es en que esa conversión dulcificaría estraordinariamente vuestro cautiverio; en que seguramente se os permitiría ver á vuestros co-religionarios encerrados en diversas torres, para que los eshortárais á seguir vuestro ejemplo; en que os pasearíais todos los días y os sería fácil irlos proporcionando los instrumentos necesarios para nuestra fuga, tales como pedazos de cuerda, abrazaderas, cuchillos, palos, &c. El trabajo caminaria de prisa, porque nos lo echaríamos áuestas cinco..... Pensad, en nombre de Dios, que teneis en vuestras manos vuestra salvación y la de cuatro de vuestros hermanos.

Aunque el baron se hacia de pencas, el amor á la libertad infundió al abate una elocuencia tan persuasiva, que acabó por triunfar, y el buen alemán hizo su abjuración en la capilla de la Bastilla. Dubouquoit, á quien esta conversión habia valido el favor del gobernador, obtuvo el permiso de asistir á la ceremonia, y desde aquel punto dejó de ser tan vigilado como ántes. En cuanto al baron, no faltaron pretextos para retenerlo; pero como lo habia previsto su consejero, se le otorgaron todos los favores de poca monta que pidió.

Los cinco presos estaban en correspondencia diaria: el baron llevaba á sus amigos cuanto podia recoger, como ropa blanca, que se cortaba en tiras, pedazos viejos de cuerdas, que se desenhebraban para hacer una nueva, clavos gruesos, fierro que el abate convertía en puas, y otras cosas por ese estilo.

Todo el invierno y la mayor parte de la primavera se emplearon en la confección de lo necesario. Los trabajadores ocultaban en sus camas, ó se enrollaban al rededor del cuerpo, ó escondían debajo de los vestidos, los fragmentos de cuerdas que fabricaban, y que debían formar una sola al momento de obrar.

Ese momento tan deseado llegó al fin. Se estaba á fines de Junio: el día ha-

bia estado tempestuoso, y al anochecer llovía á cántaros. Dubouquoit habia explicado todo su plan á sus amigos, y dádoles sus últimas instrucciones.

Llegada la hora de la cena, un carcelero llevó al abate y al baron su pitanza de costumbre, y salió para ir por la de los tres presos del piso superior. Apenas estuvo fuera, corrieron el abate y el baron á la chimenea para hacer mas grande el agujero de comunicacion y pasar al cuarto de sus amigos. El carcelero, que no tardó en entrar en él, no vió al abate ni al recién convertido, que se habian agazapado cerca de una cama; y apenas habia puesto en la mesa las botellas y los platos que llevaba, cuando lo cercaron los cinco conjurados, cada cual con su cuchillo en la mano, y en ademán de huir.

—A la menor palabra, al menor movimiento, eres hombre muerto,—le dijo Dubouquoit.

El llavero permaneció inmóvil y mudo: todo habia estado tan bien preparado, que en un abrir y cerrar de ojos lo amarraron y le pusieron una mordaza. El abate le quitó las llaves, abrió la puerta, y los cinco fugitivos, provistos de su enorme cuerda de nudos, no tardaron en llegar á la plataforma. Pero se encontraron allí con que no habia donde atar aquel instrumento de libertad que les habia costado tantas vigiliás, pues no habia cañones en aquella torre. Por fortuna la cuerda era mas larga de lo que se necesitaba, lo que se debia á la prevision de Dubouquoit, que se habia propuesto, no solo que tocara al agua, en la que tenían que entrar los fugitivos sin hacer el mas leve ruido, sino que sobrara una parte que pudieran cortar, á fin de que sirviera, luego que el mas ágil hubiera trepado por la escarpa del otro lado del foso, para facilitar la subida á sus camaradas.

En aquel aprieto le ocurrió al abate bajar á una chimenea y atar la punta de la cuerda á la primera reja que encontrara, lo que se ejecutó á toda prisa. Fijada así la cuerda, provista de gruesos nudos, y con un fuerte atravesano de madera de trecho en trecho, se la dejó caer poco á poco en el foso.

Se corria peligro en el camino, particularmente para el primero que se aventurara á descollarse. Dubouquoit, como gefe de la empresa, quiso guiar á sus compañeros: bajó sin accidente, y se encontró con que le daba el agua hasta los hombros, de manera que le hubiera sido fácil pasar á la orilla opuesta á nado; pero aunque metido en su garita por la lluvia que continuaba, el centinela mas cercano hubiera oido seguramente el ruido del agua alborotada, á lo que se agregaba que varios de sus amigos no sabian nadar, y se habia convenido en que agarrados todos de la mano, formarían cadena para atravesar el foso.

Pero mientras bajaba, una ronda habia provocado el "quién vive" de un centinela apostado al pié de la torre, en lo interior de la fortaleza, y los amigos del abate, temiendo ser vistos, se habian acostado sobre la plataforma, en espera de que pasara el ruido. La interrupción fué larga, porque se sucedieron varias rondas casi sin intervalo. Dubouquoit, que no sabia á qué atribuir la dilación, tiraba seguido de la cuerda, hasta que viendo que no le contestaban, consideró

que sus compañeros, intimidados con el peligro, habían renunciado á la ejecución de su proyecto, ó que tal vez habían sido descubiertos. Entonces atravesó el foso; llegado á la escarpa del otro lado, sacó de la bolsa las púas de fierro que había preparado, introdujo una al nivel de la agua entre las piedras, y otra á la mayor altura á que pudieron alcanzar sus brazos; colgándose luego de esta, pudo poner el pié en la de abajo, y continuando la maniobra, llegó á pocos pasos del centinela, bien decidido á pegarle sin compasion con el cuchillo de que iba armado.

Felizmente el aguacero había arreciado: el abate, cuyas fuerzas triplicaba la esperanza de una prócsima libertad, consiguió escalar el muro y penetrar en el patio de una casa, por la que se salia á la calle de San Antonio. Apénas había llegado allí, cuando sonaron varios tiros, que se figuró disparados (y así era en efecto) á sus compañeros, de los cuales dos quedaron muertos, y los otros dos se sumieron en el fango y se ahogaron.

En la firme inteligencia de que estaban perdidos, subió Dubouquoit á una especie de tejadillo que había en el patio en que se encontraba, y desde allí brincó á la calle. El infeliz estaba en la situación mas deplorable, con todo el cuerpo cubierto de un lodo negro y fétido, con las manos y las rodillas chorreando sangre, y con una lujacion en un pié, que se había hecho al caer sobre el empedrado. A pesar de todo, logró llegar al domicilio de uno de sus amigos, sin que las pesquisas de todos los esbirros de la policía encargados de su persecucion, consiguieran descubrir su escondite.

Esta evasión audaz, que no fué sin embargo la única de su clase en la Bastilla, como pronto lo veremos, empeoró mucho la posicion de los infelices encerrados en aquella fortaleza: se metió en el calabozo á cuantos eran temibles por su audacia y su destreza: todos tuvieron que sufrir de la ferocidad de los llaveros, que se propusieron vengar á su camarada, á pesar de que no se le había hecho mas daño que el de atarlo bien y quitarle momentáneamente la palabra: se dobló la guardia y se prohibió á todos el paseo.

Dubouquoit, dotado de una constitucion robusta, había sanado pronto de sus heridas, y en cuanto se disipó algo la impresion de su fuga, pensó en salir de Francia, y consiguió pasar á Suiza, desde donde valiéndose de algunos poderosos protectores que tenia, obtuvo el permiso de volver libre de todo castigo por su evasión; pero al trasponer la frontera le entró miedo y volvió atrás, lo cual era en efecto mas prudente. No regresó á Francia hasta despues de la muerte de Luis XIV [1715.]

Esto acaecia bajo el gobierno de Bernaville, que había sucedido á Saint-Mars en ese cargo de carcelero mayor. Para contar el anterior suceso, en comprobacion de lo que habíamos dicho de las milagrosas evasiones verificadas en la Bastilla en tiempo de Luis XIV, nos hemos adelantado algo á los acontecimientos. Permitásenos ahora dar un paso atras.

XI.

El máscara de fierro.—Horribles sufrimientos de algunos presos.—Un duelo en tiempo del regente. Richelieu en la Bastilla.—La Bastilla durante la regencia.

A Besmeaux, que había sido 40 años gobernador de la Bastilla, sucedió el 18 de Setiembre de 1698 Saint-Mars, que era un viejecito decrepito, díscolo, desapiadado, que habiendo sido sucesivamente carcelero, ó gobernador si se quiere, de las cárceles de Pignerol y de las islas de Santa Margarita, había pasado su vida en saciarse con los sufrimientos de las víctimas del mas monstruoso despotismo. Su sobrino, llamado Corbé, á quien hizo mayor de la Bastilla, era un infame malvado que cometió cuantos crímenes son imaginables, mientras duró el gobierno de su tio. El era quien dejaba morir de hambre á los presos dueños de algunos objetos preciosos, á fin de apropiárselos; él quien mataba á llavazos á los infelices que tenían el descaro de quejarse: él quien aplicaba los mas horrosos tormentos á las presas, cuya juventud ó hermosura tenían la desgracia de escitar sus vergonzosos deseos.

Al dejar el castillo de las islas de Santa Margarita para venir á la Bastilla, Saint-Mars trajo consigo á varios presos confiados hacia mucho tiempo á su vigilancia, y que le proporcionaban muy pingües utilidades para que pudiera resolverse á soltarlos. Del número de esos desventurados eran el irlandes Seldon, cuya historia hemos referido, y el misterioso cautivo conocido con el nombre del *Hombre de la máscara de fierro*.

No era sin embargo de fierro la máscara que usaba ese personage, sino de terciopelo: nunca se la quitaba, y la llevaba pegada al rostro por medio de un resorte que corria desde la frente hasta la nuca. Se le trataba con la mayor distincion, y nada de lo que pedia se le negaba. El gobernador no le hablaba sino con el sombrero en la mano, y Voltaire cuenta que el marques de Louvois que estuvo á visitar al enmascarado en el castillo de la isla de Santa Margarita, le habló en pié y con una consideracion que denotaba respeto.

Muchos escritores han practicado diligentes pesquisas para averiguar quién era ese personage; pero parece que ninguno ha alcanzado aclarar el misterio.